



SEMBRAR VALORES, COSECHAR PERSONAS

Esta sociedad está muy necesitada de valores, o más en concreto, las personas que la conforman.

Si dedicamos tiempo a transmitir valores a los jóvenes, es más probable que no los echemos en falta cuando lleguen a adultos.

Hay historias que empiezan con un gesto pequeño: una mano que se tiende, un «lo siento» sincero, un «gracias» que sale del corazón... En la infancia, estos gestos son semillas. Y como toda semilla, necesitan tierra fértil, paciencia... y alguien que crea de verdad, que dentro de ellas hay un bosque esperando nacer.

Educación en valores es eso: confiar en lo invisible. Creer que cada día, aunque sea torpe y caótico, estamos sembrando algo que un día florecerá en la forma de una persona íntegra, libre y capaz de amar.

Sembrar valores no es una técnica educativa ni un listado de normas: es un 'modo de estar en el mundo'. Los niños no aprenden los valores porque les demos charlas, sino porque nos miran, nos estudian, nos imitan. Cada gesto, cada reacción en un momento de cansancio, cada palabra que decimos cuando creemos que nadie nos escucha... todo educa. Todo deja huella.

En realidad, los hijos absorben menos lo que decimos y mucho más cómo vivimos: cómo tratamos a los demás, cómo resolvemos los conflictos, qué celebramos, qué rechazamos y cómo nos comportamos cuando nos equivocamos.

Y, ¿cuáles son los valores que nos construyen?:

Respeto: El valor raíz. El respeto es la base de todo. Empieza cuando los adultos escuchamos sin interrumpir, cuando pedimos perdón, cuando no menospreciamos sus emociones. Un niño que aprende respeto se convierte en un adulto capaz de convivir, dialogar y comprender límites sin violencia.

Responsabilidad: Es aprender a asumir consecuencias y compromisos. Guardar los juguetes, cumplir una promesa, cuidar sus cosas o llegar puntuales: pequeñas prácticas que construyen grandes hábitos. Formas de ser digno de confianza.

Gratitud: Celebrar lo que ya tenemos. La gratitud convierte lo cotidiano en un regalo. Un niño que sabe decir «gracias» reconoce que no está solo, que los demás le sostienen. Agradecer un abrazo, una ayuda o un gesto es empezar a ver la vida desde la abundancia.

Empatía y compasión: El latido del otro. La empatía no solo reduce la violencia: abre el corazón. Enseña a comprender el dolor ajeno, a acompañar a un amigo triste, a ayudar a quien se cae, a consolar sin que nadie lo pida. La compasión es la empatía en acción.

Perseverancia: Es volver a intentarlo, aunque duela. La infancia es una sucesión de intentos fallidos: aprender a leer, a montar en bici, a atarse los cordones. Y en cada caída hay una oportunidad dorada de enseñar un valor esencial: no rendirse. La frustración no es el enemigo; es el entrenador silencioso que fortalece el carácter.

Humildad: Saber que todos importan. Ser humilde es reconocerse valioso sin creerse superior. Celebrar una victoria sin humillar, aceptar errores, pedir ayuda. La humildad abre puertas que el orgullo siempre cierra. «La humildad es como un árbol con frutas: mientras más frutos tiene, más bajan sus ramas». Cuando uno tiene talentos o éxitos, no presume, sino que se vuelve más amable.

Prudencia: Pensar antes de actuar. La prudencia es un 'botón de pausa'. Un casco invisible que protege. No cruzar sin mirar, pensar antes de hablar, respirar antes de reaccionar... Es aprender que la vida también se decide en esos pequeños microsegundos de consciencia. Enseñar prudencia es regalarles un salvavidas emocional.

Compañerismo: Ser parte del equipo. Compartir, invitar a jugar al que está solo, animar a los demás, esperar el turno. El compañerismo enseña que la vida se lleva mejor cuando caminamos juntos.

Honradez: Hacer lo correcto, aunque nadie esté mirando. La honestidad es un superpoder invisible. De-

Ventana a la utopía

«Ella está en el horizonte -dice Fernando Birri-. Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos. Camino diez pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. Por mucho que yo camine, nunca la alcanzaré. ¿Para qué sirve la utopía? Para eso sirve: para caminar».

volver lo que no es tuyo, respetar reglas sin hacer trampas, reconocer errores. La honradez construye confianza: ese tesoro que tarda años en ganarse y segundos en perderse.

¿CÓMO SE TRANSMITEN LOS VALORES?

Con el ejemplo. No hay método más poderoso. De nada sirve hablar de respeto si gritamos, ni hablar de responsabilidad si incumplimos nuestras propias promesas.

Con historias. Los cuentos, las películas, los recuerdos familiares... educan sin que el niño sienta que le están "educando". La imaginación abre puertas que la razón sola no puede.

Con rutinas y pequeñas tareas. Un «gracias» diario, ayudar a poner la mesa, conversaciones breves sobre lo que vivieron en el día: los valores se enseñan en lo cotidiano.

Con límites amorosos. Un «no» que protege es un acto de amor. Los límites no castigan: estructuran, contienen y enseñan autocontrol.

Con coherencia. Si el adulto no vive lo que predica, el mensaje se diluye. La coherencia no es perfección, es compromiso.

Con paciencia. Los valores son semillas. No esperemos reacciones adultas en corazones infantiles. Repetición + ejemplo + cariño = crecimiento.

Educación en valores no es una lección, sino un estilo de vida. Cada día sembramos respeto, responsabilidad, empatía o justicia... o sembramos lo contrario. Cada día enviamos un mensaje sobre cómo se vive, cómo se ama, cómo se lucha, cómo se repara lo roto.

Sembrar valores es sembrar personas. No es rápido, no es fácil, no es lineal. Requiere paciencia, ejemplo, coherencia y mucha ternura. Pero el fruto merece la pena: niños que se convierten en adultos capaces de amar, respetar, perseverar y construir un mundo mejor.

No necesitamos ser perfectos. Solo presentes. La buena noticia es esta: siempre estamos a tiempo de sembrar mejor.

Porque al final, educar es esto: sembrar valores y cosechar personas.

